

El vivir de los creyentes por medio del Espíritu (el Cristo resucitado y ascendido) para establecer el reino de Dios en esta tierra (Hechos 1-6)

I. Introducción al libro de Los Hechos – La iglesia nace y se extiende por medio de la vida del Cristo resucitado (Hechos 1)

En esta mañana podemos sentirnos contentos porque tenemos la Palabra, los hermanos, el Espíritu y también nuestro hermano mayor que está entre nosotros sondeando las iglesias, y podemos decir que Él se siente contento cuando andamos en victoria, y también se entristece cuando nuestra vida no alcanza aquello para lo que fuimos llamados. Por eso, en esta mañana nos animamos a andar en esta victoria para que nuestro Señor esté satisfecho.

El título del primer punto del bosquejo es: “**Introducción al libro de Los Hechos, la iglesia nace y se extiende por medio de la vida del Cristo resucitado**”. Esta es la realidad, la iglesia nace por medio de la vida de Cristo y su vida también continúa de esta manera, aunque, a veces, no parece que sea así porque aunque nacemos por medio de esta vida, después, queremos continuarla por medio de nuestra vida humana. Pero no debe ser así. Tenemos que tener una continuidad. Como dice la Palabra: si nacimos por el Espíritu vivamos también por el Espíritu.

Escrito por Lucas quien también escribió el Evangelio que lleva su nombre (Hch. 1:1; Lc. 1:1-4)

El libro de Los Hechos, diría que es un libro bisagra, que une los Evangelios y las cartas apostólicas.

Quisiera considerar esta mañana a Lucas, quien casi con toda seguridad es el escritor del libro de Los Hechos, y también del Evangelio de Lucas. Leamos Lucas 1:1-4: “*Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron*

ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido”.

De Lucas no conocemos mucho, no se habla mucho de él, ni aún él mismo proclama haber escrito el libro de Los Hechos ni el Evangelio de Lucas. Del apóstol Pablo se nos dice que fue un hombre escogido por Dios para un propósito muy definido, pero creo que Lucas también. Es un hombre preocupado por la verdad. Quiere que las cosas se transmitan tal y como sucedieron. De hecho, en el versículo 2 dice: *“Tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos”*. Esto es muy importante. A la hora de ver los principios del libro de Hechos, tenemos que ver que quién lo escribió, lo tomó de primera mano. Es muy importante este testimonio. Y después, en el versículo 3 dice: *“Me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido”*. En esta mañana, la iglesia, nosotros, los que estamos aquí, conocemos la verdad, hemos sido instruidos en ella y tenemos que transmitirla con exactitud. No puede haber entre nosotros una actitud descuidada a la hora de hablar la verdad, sino que debemos transmitirla con exactitud, como le dijo Pablo a Timoteo: *“Traza bien la palabra de verdad”* (2 Tim. 2:15), no te desvíes ni a izquierda ni a derecha.

Lo primero que veo del escritor de Hechos es que es un hombre cuidadoso y preocupado, que no se distrae. No es judío, **es gentil**, en principio **es discípulo de Pablo**. Pablo lo instruye.

Su nombre solamente aparece 3 veces en el Nuevo Testamento. En Colosenses 4:14 dice: *“Os saluda Lucas, el médico amado”*. ¡Esto es precioso! No es sólo un hombre que se preocupa de la verdad, de escribir e investigar, sino que es amado por Pablo, con lo cual es un hermano que desarrolla el amor y el cuidado no solo por la Palabra sino también por los hermanos. En 2 Timoteo 4:11, Pablo también dice: *“Solo Lucas está conmigo”*. Lucas acompañó a Pablo en sus últimos días. Nosotros siempre tenemos en consideración al apóstol Pablo como un hermano sobresaliente en cuanto a la Palabra y al testimonio, en cuanto a no importarle su vida por causa del Evangelio, pero hay otros hermanos que también están ahí, que no se ven tanto pero en los que operaba la misma vida que en Pablo. Este es el

caso de Lucas. También lo encontramos en la carta a Filemón. Pablo dice: “*Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, mis colaboradores*” (v. 24). La iglesia estaba llena de hermanos que amaban y buscaban al Señor y estaban dados para Su propósito. Es por eso que estamos nosotros esta mañana aquí. Si estos hermanos no se hubieran preocupado de buscar la verdad, de amar al Señor, de predicar el Evangelio, de guardar esta Palabra tan preciosa, hoy no la tendríamos aquí. Hoy tenemos muchas versiones y aun así somos descuidados.

Pablo lo nombra como **médico**, y sus escritos lo confirman, porque cuando él habla a los hermanos y expone, utiliza ciertos términos médicos. Esto confirma que ejercía esta profesión.

De los 8 escritores del Nuevo Testamento solo hay dos que tenían una **educación formal**, uno es Pablo y el otro es Lucas. Estos eran también importantes para el ministerio. Aquí nos damos cuenta que el Señor utiliza a cualquiera. Aquellos que el Señor tiene en Su corazón y ha escogido, son útiles para Su propósito. De hecho hoy estamos aquí considerando a este hermano, pero todos nosotros hemos sido escogidos para un propósito definido, no sólo un propósito global, aunque también. Este hermano fue escogido para recopilar, instruir, predicar, y ayudar a los hermanos, pero nosotros también. No podemos sólo decir: “oh, qué bueno Pablo, o Lucas. Qué testimonio más precioso”, pero, ¿y yo? ¿Qué soy yo para el Señor? Yo he nacido por Su vida y tengo que vivir por Su vida.

A Lucas se le ve **predicando el Evangelio en Roma** (Filemón 24). Y **estuvo con Pablo los últimos días** (2 Tim. 4:11), cuando él estaba para ser ejecutado. Parece ser que todos los hermanos lo abandonaron, pero al menos hubo uno que lo acompañó y lo consoló. Nosotros también tenemos que hacer eso con los hermanos, amarlos, consolarnos, y cuidarlos; esa es nuestra labor.

El Evangelio de Lucas, el primer libro que éste escribió, describe Su vida y ministerio terrenal, la juventud, la vida, la muerte, la resurrección y la ascensión del Señor

Él escribió el Evangelio de Lucas y allí habla del ministerio terrenal de Cristo. Explica Su nacimiento, Su juventud, Su vida, cómo vivió, Su muerte, Su resurrección y Su ascensión. Explica cómo Cristo murió como modelo. Él vivió en la tierra para darse como vida al hombre. Lucas nos dice en

Hechos que habló: “*acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar*” (1:1). Primero hacer y luego instruir, instruir acerca de la verdad. Pero Cristo no solo lo hizo de una manera subjetiva, sino también objetiva, y no solo habló en los diferentes discursos que el dio a las diferentes personas sino que Su vida fue un ejemplo. Podemos decir que los discípulos hasta la resurrección no entendieron mucho. Vivían un poquito ajenos a lo que Cristo quería expresarles, pero ese Cristo estaba ahí para enseñarles, para instruirles. En el ministerio terrenal no pudieron entender muchas cosas, pero las entenderían después.

Aún vemos que la mayoría de los discípulos, después de que el Señor muriera, estaba perdida, estaban pescando, y el Señor se les tuvo que aparecer, los tenía que rescatar, porque aunque había tenido un ministerio terrenal, una enseñanza excelente, ellos todavía no tenían una mente renovada. ¡Les hacía falta algo! Faltaba un elemento. El elemento lo tenemos en Juan 20:22: “*Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*”. Aquí ya cambia todo. Aquí está el elemento que faltaba. Tenían cierta instrucción y cierto conocimiento. El Señor les había enseñado una vida excelente, pero aun así, no tenían fuerza para entender el propósito. Pero **recibieron el Espíritu**, y la cosa cambió. Cuando nosotros estamos en nuestra humanidad, hay cosas que no entendemos, incluso, a veces, no entendemos nada, y nuestra vida parece que está fuera de lo que es el Señor, pero cuando echamos mano del Espíritu, todo se entiende, es como una luz que se abre, que se enciende, y decimos: “ahora entiendo, Señor”. Ahora entiendo, porque tengo el Espíritu. Pero todavía no hemos llegado al final. Ahora es cuando entramos en el ministerio celestial, que es justamente el libro que tenemos para este tiempo tan precioso, el libro de Los Hechos. La vida y el ministerio del Cristo ascendido.

En el libro de Los Hechos se revela la vida y el ministerio del Cristo ascendido

Aunque ellos habían recibido el Espíritu, el Señor les dijo que esperasen la promesa del Espíritu de manera externa. Ellos habían recibido el Espíritu pero necesitaban algo más, ser revestidos. Y el señor **empieza a adiestrarles** (Hch. 1:3-8). **Se les aparece durante 40 días** (Hch. 1:3), y les habla acerca del reino: “*A quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios*” (Hch. 1:3). Aquí vemos una instrucción para la vida que ellos tenían que vivir. Venía, se iba, volvía, y volvía otra vez. ¿No es esa muchas veces nuestra experiencia? ¿Dónde estás,

Señor, no te veo? Pero, aunque no lo veamos, ahí está. ¡Siempre está! Nunca se va, donde vayamos Él está. Él estuvo enseñando esto porque había estado durante 3 años físicamente con ellos, pero ahora les va a enseñar que aunque físicamente ahora no esté con ellos, sí que está. En esta mañana, como hemos dicho al principio, el Señor está con nosotros, no debemos tener ninguna duda en nuestros corazones. Si queremos recibir algo de Él, tenemos que desechar toda duda.

En el **capítulo 1** les habló cosas, que no nombra, acerca del reino. **Fueron instruidos acerca de las cosas del reino** (Hch. 1:3), y **les mandó que esperasen la promesa** (Hch. 1:4-8). Esta es una situación muy interesante porque nosotros nunca queremos esperar, siempre queremos actuar, pero el Señor les manda que esperen. Me gusta mucho que es Señor siempre da instrucciones muy precisas. ¿Tenemos nosotros ese corazón para recibir esas instrucciones precisas de lo que el Señor tiene para nuestra vida o seguimos siendo generales? El Señor tiene algo preciso para nosotros, debemos escuchar Su voz.

También en el **capítulo 2** los discípulos **experimentan ser llenos del Espíritu** (Hch. 2:4). Eso es lo que les faltaba, porque ya habían recibido el Espíritu interiormente, pero aun así tenían muy poquita fuerza, no tenían mucho ánimo. Estaban en el aposento alto, orando, guardando la unidad del Espíritu, siendo unánimes, pero ahora, cuando el Señor derrama Su Espíritu, esa fuerza que nace en ellos les hace salir y predicar el Evangelio.

En el **capítulo 3** ellos **dan sanidad en el nombre de Jesús** (Hch. 3:6). Ya hay un nombre en la tierra bajo el cielo, en el cual no solo podemos ser salvos sino que podemos ser sanos. Todo nuestro ser, que antes estaba perdido y que no había para nosotros esperanza, ahora, en este nombre encuentra salvación. Y ellos, en el nombre de Jesús, le dicen a este paralítico: levántate y anda. Porque hay un nombre que está por encima de las enfermedades y de los poderes.

En el **capítulo 4** **experimentan los sufrimientos que tienen que padecer por causa del nombre**. No todo es tan glorioso cómo reunirse, disfrutar al Señor, recibir el Espíritu con poder, darle la mano a un inválido y que pueda andar, sino que el Señor les permite sufrir por causa de Su nombre. Yo estoy dispuesto en los tres puntos primeros, el cuarto, ya me cuesta. Pero también es necesario que suframos por causa de Su nombre.

En el **capítulo 5** Dios **les hace conocer Su disciplina** en Ananías y Safira (Hch. 5:3:4). El Señor le hace ver a Su cuerpo que también hay disciplina. Tenemos que andar como Él anduvo, que nuestra vida sea una vida digna del Evangelio, una vida recta, donde no haya mentira, ni doblez. Y lo aplica a Ananías y Safira para que la iglesia tenga temor. La iglesia también tiene que tener el temor de Dios. Hoy no se nos fulmina con el dedo, pues quizás no tenemos tanto temor, somos más ligeros a la hora de guardar la unidad, a la hora de amar a los hermanos, a la hora de decir: yo lo doy todo para el Señor. Por eso debemos aplicar también esa situación a nuestras vidas para que el Señor crezca y no solo crezca sino que se exprese.

Y por último, en el **capítulo 6**, que tenemos en este tiempo, vemos que se **cubren las necesidades de la iglesia eligiendo diáconos**. Dice en Hechos 6:3 *“Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo”*. El listón está bien alto, hermanos. La iglesia cubre sus necesidades no de cualquier manera. No estamos en el mundo donde elegimos los que mejor nos parecen humanamente. Aquí hay un estándar: buen testimonio, llenos del Espíritu y de sabiduría. Apliquemos esto para la iglesia.

Eduardo Montiel